

Las ciencias y la filosofía

Julio Moreno-Dávila

Profesor invitado Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

He leído (y releído) con notable interés el número especial de “21mo SECOLO” correspondiente a diciembre del 2008 y he encontrado en él artículos de mucho mérito. Particularmente me ha interesado el texto de Dominique Lambert titulado: *Le scienze e la filosofia: verso un'articolazione*. Sobre él quisiera hacer algunos comentarios.

El primero, naturalmente, es la calidad del artículo, cosa nada nueva, pues que a ella nos tiene acostumbrados el autor, sobre todo en las materias sobre las que el artículo diserta. He recordado con interés su libro: *Au coeur des sciences: Une métaphysique rigoureuse*¹. Algunas ideas que yo tenía confusas, poco claras o del todo equivocadas, me han sido aclaradas por el artículo del profesor Lambert.

Me ha interesado particularmente el doble problema de la reducción de la filosofía a las ciencias positivas e, inversamente, la reducción de las ciencias positivas a la filosofía. Comparto todas sus tesis.

Edith Stein nos dice en su tratado de antropología filosófica² que todo pensador, filósofo o científico positivo que sea, piensa en el ámbito de una metafísica bien definida, formalizada o no, consciente o inconsciente. Efectivamente, es totalmente imposible empezar a reflexionar sobre un tema científico cualquiera, sin tener esa metafísica de base sin la que es imposible dar incluso sentido a las palabras utilizadas, como explicara Wittgenstein al final de su vida³.

Recíprocamente, es ilusorio empezar a construir una metafísica “en el aire” sin tener en cuenta los resultados de las ciencias positivas, como de hecho lo hicieron todos los autores clásicos, con la diferencia de que, en su

¹ D. LAMBERT – M. LECLERC, *Au coeur des sciences: Une métaphysique rigoureuse*, Beauchesne, Paris 1996.

² E. STEIN: *La estructura de la persona humana*, BAC, Madrid 2002.

³ L. WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, Gedisa, Barcelona 1987.

tiempo, este método estaba justificado por el hecho de que el “tener en cuenta los resultados de las ciencias positivas de su época” era, pura y simplemente, construir sobre una ciencia *naïve*, de simple observación de la realidad cotidiana. Curiosamente, se daba en este caso el ejemplo recíproco de lo que hemos considerado hace un momento: construían su metafísica sobre una física (digamos) implícita, de la misma manera que hoy, a menudo, se construye una física muy formalizada sobre los cimientos de una metafísica implícita y por lo demás inconsciente, como señalaba la primera asistente de Husserl. Por ejemplo, no es posible hoy día construir una ontología sin tener en cuenta los resultados de la física cuántica, entre otros. ¿Cómo definir lo que es una cosa sin haber previamente reflexionado sobre los resultados (y aún el planteamiento) del experimento EPR y del concepto de *entanglement* ya citado por el prof. Lambert en su artículo?

Entonces, se pregunta el lector del artículo de Dominique Lambert ¿por dónde empezar la construcción? ¿Por la física, por las ciencias naturales? ¿Por la metafísica? Puesto que las unas son fundamento y base de la otra y viceversa.

La respuesta, pienso, viene de la mano del proceso descrito por tantos autores aunque, por razones que se verán luego, nos fijaremos en Spinoza, pero que se remontan a S. Agustín⁴: partiendo quizá de una percepción *naïve* de la realidad, se construye una cierta metafísica, que permite a su vez la edificación de una ciencia positiva, lo que implica una revisión de la metafísica previa, etc. Es lo que se llamaría después el “círculo hermenéutico”, que yo llamaría más bien “espiral hermenéutica”, puesto que el radio de dicho “círculo” se va ampliando cada vez más en cada una de las operaciones.

Donde se describe el proceso de tal manera que quede perfectamente aplicado a este caso, es quizá en el *Tratado de reforma del entendimiento* de Baruch Spinoza⁵. En lo que yo suelo llamar de una forma no estándar “*hermenéutica mereológica*”, Spinoza nos habla de pasar de la comprensión de la parte (el texto para él) a partir de una comprensión previa del todo (para él el contexto). Pero como muy acertadamente explica Jean Piaget⁶, la carac-

⁴ AUGUSTINUS, *De doctrina christiana*.

⁵ Cfr. B. SPINOZA, *Tratado de la reforma del entendimiento y otros escritos*, Tecnos, Madrid 2007.

⁶ J. PIAGET, *Logique et connaissance scientifique*, Encyclopédie de la Pléiade, Gallimard, Paris 1967.

terística más típica de una actitud filosófica es una visión de conjunto del mundo, mientras que la actitud científica se caracteriza por una visión sectorial si bien más rigurosa. Al hacer ciencia uno estudia la parte (el sector de su disciplina) en la visión global del mundo, lo que acarrea una serie de prejuicios que no deben preocuparnos, como ya dejara claro Gadamer⁷ al indicarnos que es tarea utópica el pretender estudiar sin prejuicios filosóficos o de otro tipo. Correlativamente, esta visión del sector del mundo, especificado en nuestra disciplina, puede y debe incluir una modificación de nuestra visión global del mundo, es decir nuestra filosofía. No olvidemos que, para Martin Heidegger, la ontología es la hermenéutica de la facticidad⁸; de hecho, todas las ciencias lo son en el sector de la realidad que estudian.

Por todo ello, nos parece acertadísima la propuesta de Dominique Lambert de dar una formación filosófica a los científicos y viceversa, aunque también comparto plenamente su percepción de lo arduo de la tarea, cuando se tienen en cuenta los desarrollos recientes de la matemática, imprescindibles para comprender las ideas físicas, etc. (véase el último párrafo de su artículo).

Muchos son los comentarios que se podrían aducir, que son sugeridos por el artículo que estamos comentando, tanto es *thought provoking*. Por variar el talante del comentado anteriormente, expondremos solamente algunos comentarios a la *redargutio elenctica* citada por el autor, exponiendo una opinión algo diferente de la suya.

Recordemos que según este principio, en la exposición más célebre y sin duda la más profunda, la de Aristóteles, no es posible, por ejemplo negar el principio de no-contradicción, pues que el autor lo afirmaría también como consecuencia. Ésta es, por supuesto una exposición muy reducida de un principio muy amplio, perfectamente descrito en el artículo del Profesor Lambert que estamos comentando. Como dice Sto. Tomas: *quia positio qua ponitur esse destruit se ipsam*⁹.

Sin embargo, y como el Profesor Lambert nos lo recuerda, existen lógicas no aristotélicas en las que dicho principio es, si no ignorado, como dice el autor, sí al menos mitigado, sin incurrir en autodestrucción, según las palabras del doctor Angélico. La solución se encuentra en el concepto de “nivel de lenguaje” desarrollado por Bertrand Russell.

⁷ H. G. GADAMER, *Verdad y método*, Ed. Sígueme, Salamanca 1977.

⁸ M. HEIDEGGER, *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*, Alianza, Madrid 1999.

⁹ THOMAS AQUINAS, *De aeternitate mundi contra murmurantes*.

Como es sabido, es necesario a menudo distinguir entre un lenguaje objeto, del que se habla, del lenguaje con el que se describe dicho lenguaje objeto y que, siguiendo a Bertrand Russell, solemos llamar metalenguaje. Si se desea desarrollar un lenguaje especial en el que el principio de contradicción quede mitigado, el metalenguaje en el que se hace dicho desarrollo puede (y debe) admitir el discutido principio, con lo que la *redargutio eleyctica*, por decirlo así, queda desactivada, pierde su debilidad de ser usada como argumento *ad hominem*.

De hecho, el uso del principio de no-contradicción se usa en la práctica del lenguaje corriente como es descrito por Zadeh en su desarrollo de la lógica difusa¹⁰. Cuántas veces decimos por ejemplo: “Fulano es un gran gobernante... y no es un gran gobernante”. En ejemplos de este tipo se usa la forma verbal “es” con el significado implícito de “es hasta cierto punto” tal y como se hace con formalismo riguroso en la citada lógica difusa.

En conclusión, he apreciado infinitamente las ideas y el método expositivo del Profesor Lambert, cosa nada nueva en él, y he encontrado en su artículo una buena fuente de inspiración, de génesis de nuevas ideas.

¹⁰ L. A. ZADEH, ‘Fuzzy Logic and Approximate Reasoning’, *Synthese* 30 (1975), pp. 407-428.